

## Poder y Vida Religiosa



**A**lguno dirá que no entiende el título de este artículo, porque, si me propongo hablar del poder social, es claro que hoy los religiosos no tenemos ninguno. Y si lo que pretendo es escribir sobre el poder dentro de la comunidad religiosa, ése sencillamente no existe. Pues a este segundo me quiero referir, porque existe, aunque no se hable de él.

Si hay algo que los religiosos en principio rechazamos es todo lo que suene a ambición personal, a deseo de poder. Nos lo enseñaron a los pocos días de ingresar. El religioso y la religiosa hemos ingresado en nuestros institutos para servir al Evangelio, en el marco de la Iglesia y cada uno dentro de su propio carisma. Ese servicio pasa por la obediencia. Es decir, por el cumplimiento de la voluntad de Dios manifestada a través de nuestros superiores. Vivimos en comunidad, somos personas normales, pero el vínculo fundamental que nos une es la llamada de Dios. En un cierto sentido, nuestro estilo de vida no es normal. Ello es causa de que las relaciones intracomunitarias sean vistas habitualmente desde una perspectiva espiritual.

Cuando una luz ilumina fuertemente un objeto desde una perspectiva única, hay facetas del objeto que se ven con mucha claridad, pero otras quedan en total oscuridad. Iluminar la comunidad religiosa y las relaciones entre sus miembros, especialmente las relaciones de autoridad y de poder, sólo desde la perspectiva espiritual, hace que queden en la oscuridad hechos y relaciones muy importantes.

La comunidad religiosa está formada por personas, hombres o mujeres, con unos intereses, con una autoridad, con un poder. Intereses, autoridad y poder provienen de su experiencia personal, de sus estudios, de su carácter, de su

**FERNANDO TORRES**

origen social, de su edad, de los cargos actuales o pasados, de su ilusión apostólica, de su espiritualidad, etc. Esa autoridad y ese poder se ejercitan de las más variadas maneras y no siempre con unas claras motivaciones evangélicas<sup>1</sup>.

## **El poder sin rostro**

Pero de eso no se sabe nada, porque no hay palabras para nombrarlo. Es la parte de la vida consagrada que siempre queda en la oscuridad. Nuestro vocabulario está lleno de términos como voluntad de Dios, discernimiento, autoridad evangélica, que siempre es servicio, por supuesto. Son las grandes palabras que tantas veces nos llenan la boca.

Pero pocas veces hablamos de las relaciones de poder en la vida consagrada, en nuestras comunidades. Pocas veces nos atrevemos a hacer públicamente una valoración crítica de cómo se ejerce ese poder. He ahí una asignatura pendiente para la vida religiosa. Mientras que no la aprobemos, las relaciones ad intra serán siempre un poco falsas, porque nuestras auténticas motivaciones quedarán escondidas, incluso enterradas en ocasiones, bajo capas de frases evangélicas, que vienen muy al caso para justificarnos ante nosotros mismos y ante los demás<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> No me refiero a las actitudes subjetivas de la persona. Eso puede ser muy santo y bueno. Pero objetivamente su forma de comportarse puede no ser evangélicamente la mejor, aunque se justifique con razones santas y buenas. Lo que ocurre es que demasiadas veces desconocemos nuestras auténticas motivaciones o ¿será que no las queremos conocer ni aceptar?

<sup>2</sup> Repito, porque es necesario: en ningún momento estoy juzgando la subjetividad de cada persona. Cada uno sabrá lo que guarda, u oculta, en su corazón. Pero objetivamente es claro que se produce esa ocultación de unas motivaciones perfectamente aceptables desde el punto de vista humano (aspirar al poder es algo legítimo) y que se utiliza o manipula el Evangelio para presentar una imagen más aceptable dentro de lo que está bien visto en la vida religiosa. Por ejemplo, decir que

¿Qué es lo que estamos haciendo? Mistificamos, espiritualizamos, falsificamos lo que es una realidad plenamente humana. La vida religiosa es una sociedad humana. Sólo siendo plenamente humanos, personas, hombres y mujeres cabales, podremos ser presencia del Reino, signo de salvación, comunidad simbólica. Pero no podemos pretender construir la casa y poner sólo la mitad de los cimientos. Nuestra vida tiene ciertamente una raíz teológica. Hemos sido llamados por Dios a vivir de este modo y en esta comunidad. Pero simultáneamente, en la misma llamada, hemos sido convocados a ser personas libres y responsables, a vivir nuestra humanidad en plenitud.

Si los cimientos humanos no están bien, difícilmente se mantendrá la casa. Se hundirá de un lado. Y ése es el momento en que Evangelio y vida espiritual se pueden convertir en la mayor ocasión de manipulación de las personas que se pueda imaginar. Bajo razones aparentemente evangélicas se puede destrozar la vida de las personas. Esto no es una hipótesis. Es algo que está sucediendo en más de una congregación.

## **Aceptar la realidad**

La comunidad religiosa es, por tanto, un lugar donde se producen todo tipo de relaciones humanas. Esas relaciones están atravesadas y determinadas por lo espiritual, pero también por la afectividad, la economía, la política, la raza, la inteligencia, la formación, la política, la nacionalidad, etc.

Los que no vean esto claro, no tienen que hacer más que el pequeño esfuerzo de recordar la influencia de los nacionalismos en la división de las provincias religiosas en España en los últimos 25 ó 30 años. Otro ejemplo: de

uno desea un cargo está mal visto. De hecho nadie lo dice, aunque...

la presencia del racismo en la vida religiosa, posiblemente hoy ya superado en gran parte, nos podrían hablar muchos religiosos y religiosas de color de Estados Unidos.

Al no reconocer esas realidades, feas a veces, no ponerlas nombre, y leer e interpretar sólo la vida religiosa desde la perspectiva más espiritual y teológica falseamos la realidad. Dejamos en la oscuridad una serie de aspectos de la realidad. Los hacemos invisibles porque no tenemos palabra para nombrarlos. Y preparamos el camino para la manipulación de lo religioso, utilizado, muchas veces de forma inconsciente, para camuflar otro tipo de intereses no siempre santos.

Por otra parte, negamos lo que es un hecho bien conocido desde nuestra experiencia. A veces da la impresión de que no somos capaces de reflexionar sobre lo que decimos en los pasillos con total convencimiento de su realidad<sup>3</sup>.

### **Vamos a contar historias**

Algunas historias nos pueden ayudar a comprender mejor lo que se quiere decir. Varias veces he contado ante diferentes auditorios la siguiente anécdota. Eran los tiempos en que comenzaba la televisión en color en España. En las comunidades se empezaba a hablar del asunto. Las opiniones estaban divididas. Unos que si la pobreza, otros que si la austeridad y otros que si el nivel de vida. Pero no hay que dudar que a muchos les gustaba la idea. Las imágenes se ven mucho mejor en color que en blanco y negro. Eso es indiscutible. Pues bien, en una comunidad se estaba discutiendo el tema. El superior, vien-

do que no había consenso, determinó aplazar la decisión para otra reunión y recomendar a los hermanos que meditasen el asunto ante el Señor. La respuesta de uno de ellos fue inmediata: «Si vamos a la capilla, ya sabemos lo que vamos a decir».

Contaba esta anécdota, lo reconozco, para denunciar la romez espiritual en que a veces vivimos y poner de manifiesto como delante del Señor las ideas se nos hacen más claras. Pero hoy veo que la expresión de aquel religioso puede ser ella misma una denuncia. Frente a los que opinan que todo se soluciona yendo a la capilla y que los conflictos se resuelven con más oración, este hermano puso de manifiesto que las relaciones en la comunidad religiosa pueden y deben comprenderse desde otros puntos de vista, que hay otra forma de enfrentar y desenredar los problemas. Aquel comentario pudo ser, ciertamente una demostración de cierta falta de finura espiritual, pero también fue signo de un grito más profundo, de una denuncia más fina: en la capilla la realidad del grupo religioso sólo se mira desde un punto de vista, el espiritual, y la realidad, su realidad, queda deformada<sup>4</sup>.

Otro caso. Una comunidad está reunida. El superior plantea un tema. Es necesario tomar una decisión. El diálogo empieza y acaba cuando el superior, sin dejar tiempo a nadie para opinar, pide la opinión del religioso X. Este habla. Nadie se atreve a discutir su parecer. Ni siquiera es necesaria una votación. Para comprender esta historia quizá sea necesario aclarar que X llevaba mucho tiem-

<sup>3</sup> Personalmente, tengo la impresión de que en muchos de los artículos que he escrito en los últimos años en torno a diversos aspectos de la vida religiosa, no he hecho otra cosa que trasladar al papel lo que todos sabemos y comentamos en alguna velada tranquila. Sólo he puesto por escrito lo que se dice en los pasillos.

<sup>4</sup> La anécdota daría también para comentar la imagen que tenemos de Dios, siempre exigente, dedicado a prohibirnos todo lo que suene a comodidad o bienestar. Parece que la capilla es lugar donde las aspiraciones humanas más legítimas y normales deben desaparecer para dejar lugar a un Dios que lo quiere todo de nosotros. ¿Qué se hizo del Dios encarnado que celebró con gozo la alegría con los novios de Caná? ¿Qué fue del Dios que para ser plenamente personas, «para ser libres, nos liberó» (Gal 5,1)?

po destinado en la comunidad, más que el superior por supuesto, que había sido el superior anterior y que continuaba siendo el director de la principal obra de apostolado que llevaba la comunidad. Pero también habría que aclarar que el tema propuesto no tenía nada que ver con el apostolado, sino sólo con la vida interna de la comunidad.

Ejemplos como estos todos podríamos contar más de uno. Es que en la comunidad religiosa, además de la autoridad constituida, existen los poderes fácticos. ¿O no? Y ese poder es utilizado. A veces, pocas, conscientemente mal usado. Otras veces, las más, se usa mal inconscientemente, porque los detentores de esos poderes a veces ni siquiera son conscientes de su influencia. En ambos casos son respetados por la autoridad instituida, que sabe que hay determinados cambios que ni siquiera vale la pena intentarlos.

Una anotación. El hecho de que los dos ejemplos se hayan puesto en el marco de la comunidad local no quiere decir que me refiera en esta reflexión exclusivamente a ese contexto. Dentro de las provincias hay comunidades que tienen más poder y más peso que otras. Dentro de las congregaciones hay provincias que tienen más influencia y autoridad que otras. A todos los niveles hay personas que merecen más consideración que otras. La desigualdad, consecuencia de los poderes de cada cual, atraviesa todos los niveles de la vida religiosa.

### **Desdemonizar el poder**

El poder ha sido demonizado. Conscientes de la tentación que lleva siempre consigo, hemos visto en él un signo del maligno. Por eso lo rechazamos... teóricamente. En la práctica sabemos que tenemos que convivir con él. Pero el rechazo, la negación, no sirven para nada. La realidad es tozuda y no desapa-

rece porque dejemos de nombrarla o miremos para otra parte. El poder es una realidad humana más. Algo natural. En todas las comunidades humanas, en las religiosas por tanto también, hay poderes diversos. Se establecen relaciones entre esos poderes. Unos son más fuertes que otros. Es normal.

Pero aceptar esa realidad no implica santificarla. Aceptarla significa comprender que es una realidad más a ser transformada y salvada en la perspectiva del Reino. El poder debe estar al servicio del hombre, de todos los hombres, y no debe ser ocasión para la desigualdad y la opresión. En la comunidad de Jesús todo poder debe colocarse al servicio del Reino. No hay que negar su existencia, sino reconocer su presencia y ponerlo al servicio del bien común.

Sería interesante que las personas, religiosos y religiosas, reflexionásemos sin miedo sobre nuestro propio poder dentro de la comunidad y sobre cómo lo ejercemos. Hay personas que tienen poder por haber ocupado anteriormente cargos de responsabilidad o por tener mucha amistad con el superior. Hay otros, generalmente más pequeños y simples, que tienen simplemente el poder de las llaves. Hay quien tiene poder en un determinado ámbito: el apostolado, la cultura, la economía, la organización de la casa o de una obra. Hay quien tiene poder como fruto de su carácter, de su especial capacidad de iniciativa o de su creatividad. Hay quien hace de su poder una ocasión de servicio, pero hay también quien, con mucho o poco poder, quizá con mucho poder en una parcela muy pequeña, hace de su poder una auténtica tiranía para los demás.

No se trata de abdicar del poder que tenemos. Eso sería renunciar a nuestra peculiar aportación a la comunidad religiosa. Formaríamos una comunidad gris y homogénea, que tendría poco que ver con la comunidad de personas libres y responsables que



Jesús quiere. Lo nuestro es formar una comunidad rica por la personalidad variopinta de sus miembros, heterogénea, donde todos saben poner sus cualidades, sus poderes, al servicio de la comunidad. Los que han pasado mucho tiempo en cargos de responsabilidad tienen sin duda una experiencia que la comunidad necesita. El grupo también necesita la aportación de los más creativos o de los que tienen una formación teológica superior o de los que tienen un mayor prestigio personal. Al final, alguien tiene que guardar las llaves. Pero todo debe ordenarse al bien del grupo.

Hay que dar un paso más: tenemos que ser conscientes de nuestro lugar, de nuestro poder. Ello contribuirá a purificar y evangelizar nuestras relaciones con los demás y hacernos tomar conciencia de que acciones o palabras, que subjetivamente nos parecen totalmente inocentes, pueden ser vistas por los demás como acciones y palabras de dominio y poder. De ese modo posibilitaremos la formación de una comunidad más igual donde los poderes personales no marquen distancias ni privilegios, donde nadie se sienta oprimido<sup>5</sup>, donde los que carecen de poder no se sientan minusvalorados, donde los pequeños, por los que decimos que hemos optado, que tenemos en casa, se sientan hermanos con los hermanos y no siervos entre poderosos.

Un ejemplo rápido: cualquiera puede entrar en una sala y apagar una luz encendida que es innecesaria. No pasa nada. Pero si el que apaga la luz es el ecónomo, los otros podrán entender fácilmente esa acción como una riña. ¿Qué los otros son muy débiles y

excesivamente sensibles? Es posible, pero, como dice san Pablo, «si un alimento pone en peligro a un hermano mío, nunca volveré a probar la carne, para no poner en peligro a mi hermano» (1 Cor 8,13). O dicho en otras palabras: la paz del hermano bien vale un pequeño aumento en la factura de la luz.

En conclusión: negar la realidad es siempre malo. Y la realidad es que poderes diversos atraviesan la comunidad religiosa. Me atrevería a decir que todos los miembros de la comunidad tienen algún tipo de poder. Los que niegan esto son los que tienen más posibilidades de usar mal ese poder.

La solución no está en llegar a un pacto de poderes, de modo que cada uno tenga su parcela. Así es como se relacionan los grandes de este mundo y las bandas mafiosas. En la comunidad religiosa tendríamos que dar un paso más.

La realidad del poder debe ser reconocida, aceptada, y redimida para ser puesta al servicio del bien común de la comunidad religiosa. En la práctica esto significa la renuncia a los privilegios que lleva consigo casi siempre el poder. Esos privilegios pueden ser de muy diverso tipo: desde mayor información hasta mayor bienestar o independencia en un determinado campo.

Un ejemplo muy simple. ¡Cuántos cotilleos y chismorreos sigue propiciando el teléfono! En muchas casas religiosas sería preferible tener un empleado para atender el teléfono. Así estaría mejor salvaguardada la intimidad de los religiosos. ¿Se entiende?

La comunidad del Reino que queremos construir pasa por aceptar lo que somos y además da un paso adelante. Lo nuestro no es una entente, sino una fraternidad en la que ponemos en común lo que somos y tenemos. Nuestra autonomía no se apoya en lo que tenemos, en nuestro poder, pequeño o grande, sino en el nosotros solidario.

<sup>5</sup> Sería interesante escuchar el relato autobiográfico y sincero, lejos de lo que oficialmente se debe decir, de muchos religiosos y religiosas. Descubriríamos que muchos y muchas de los que libremente han decidido seguir a Jesús se han terminado encontrando sometidos a verdaderas opresiones, que les han negado la realización de las mínimas libertades.